

Carla Dulfano

Música de ladrillos



I

Una mañana, la mamá de Mora despierta temprano a su hija:

—Hoy es el día, Mora. Nos tenemos que ir, te lo dije ayer.

Su mamá pronuncia las consonantes de manera explosiva, y su voz denota una cuerda vocal destensada, como si le faltara una vuelta más de clavija.

“A mi guitarra le pasa lo mismo a veces”, piensa Mora.

Cuando era chica y su mamá estaba afónica, ella le retorció la oreja, para ver si se le afinaban las cuerdas vocales.

Cómo gritaba su mamá:

—¡Ay, ay! ¡Se lo voy a contar a tu psicólogo, el de la obra social de porquería que nos da tu padre!

Pero ahora su voz suena mucho peor. Desde hace tres meses su papá les avisó que no iban a renovar el alquiler. Lo despidieron de la empresa constructora. En el suelo hay varias valijas listas y bolsas de todos los tamaños.

—¿Dónde está mi guitarra? ¡La guitarra! ¡No está!
—grita Mora.

—De eso te queríamos hablar, no podés llevar todo. Algunas cosas las vamos a dejar en el sótano de la tía Celia, no sabemos si va a haber espacio en la casa nueva.

Mora baja rápido de la cama y golpea su cabeza contra el suelo.

—¡Basta, basta, Mora! ¿Qué te dijo el terapeuta sobre lastimarte?

—¿Pero vamos a volver? —grita, incorporándose.

—Si las cosas mejoran... Por ahora, vamos a vivir en lo de Santino Pérez, el tornero amigo de papá, que también se quedó sin trabajo. Nos cedió gentilmente la piecita del fondo, atrás de su casa.

—¿Dónde queda?

—Es un lugar un poco... pero no te preocupes, Morita, él nos espera en la entrada del barrio. Dice que hasta que nos conozcan, hay que entrar acompañado.

—Ya puse en marcha la camioneta —dice el papá—, vamos, que después se la tengo que devolver a Celia.

Mora se balancea chupándose un dedo. Tiene trece años y ya no debería hacerlo, pero así se calma. Su terapeuta, Luis, dice que en las nenas como ella, eso es común.

Mora se encierra en el baño y cuenta los azulejos verticales, los horizontales y los multiplica. Calcula cuántos más harían falta si el baño tuviese dos metros cuadrados. Ya se siente mejor y sale.

2

Toman tres colectivos y llegan a una avenida de casas bajas. Una señora viene a su encuentro. Sus párpados son dos babosas que le impiden mirar hacia arriba. Habla muy despacio y no puede pronunciar bien las eses. Cuando sonríe, Mora descubre por qué: "Le faltan dos dientes de adelante, al revés que los ratones, que tienen únicamente esos".

—Hola. Soy Marta, la mujer de Santino Pérez.

—Hola. Muchas gracias por recibirnos.

—Sígueme y no se separen

Caminan todos en fila, como en una expedición, avanzan entre casas de paredes despintadas.

El aire se va oscureciendo, las calles se hacen más finitas hasta que estrangulan la luz; son largos pasillos por donde no entran los autos. Los techos son casi todos de chapa; las puertas, de madera o de lona.

Hay olor a sopa por todos lados. Sus pasos marcan el pulso de una sinfonía compuesta de llantos de bebés.

Por una ventana se escapa el sonido de un cucharón que revuelve una olla, es como el sonido de un cencerro. De pronto ingresa un nuevo instrumento: el ruido de una grúa. Miran hacia arriba.

—Es una grúa constructora —le explica su papá—, ¡y tiene plataforma de elevación!

—Llegamos —lo interrumpe Marta.

Pasan debajo de una lona colgada que los peina.

—Este pasillo se conecta con mi casa, pueden pasar a tomar unos mates cuando quieran. Ahora vamos hasta el fondo, ahí está la piecita para ustedes.

Al fin llegan. Las paredes son de metal corrugado. La puerta es verde y sin bisagras, parece sacada de otra casa.

Entran. Un agujero en lo alto simula una ventana. En un costado hay una garrafa y una mesada. En el suelo yacen dos colchones levemente manchados. Un señor en camiseta sin mangas está terminando de barrer.

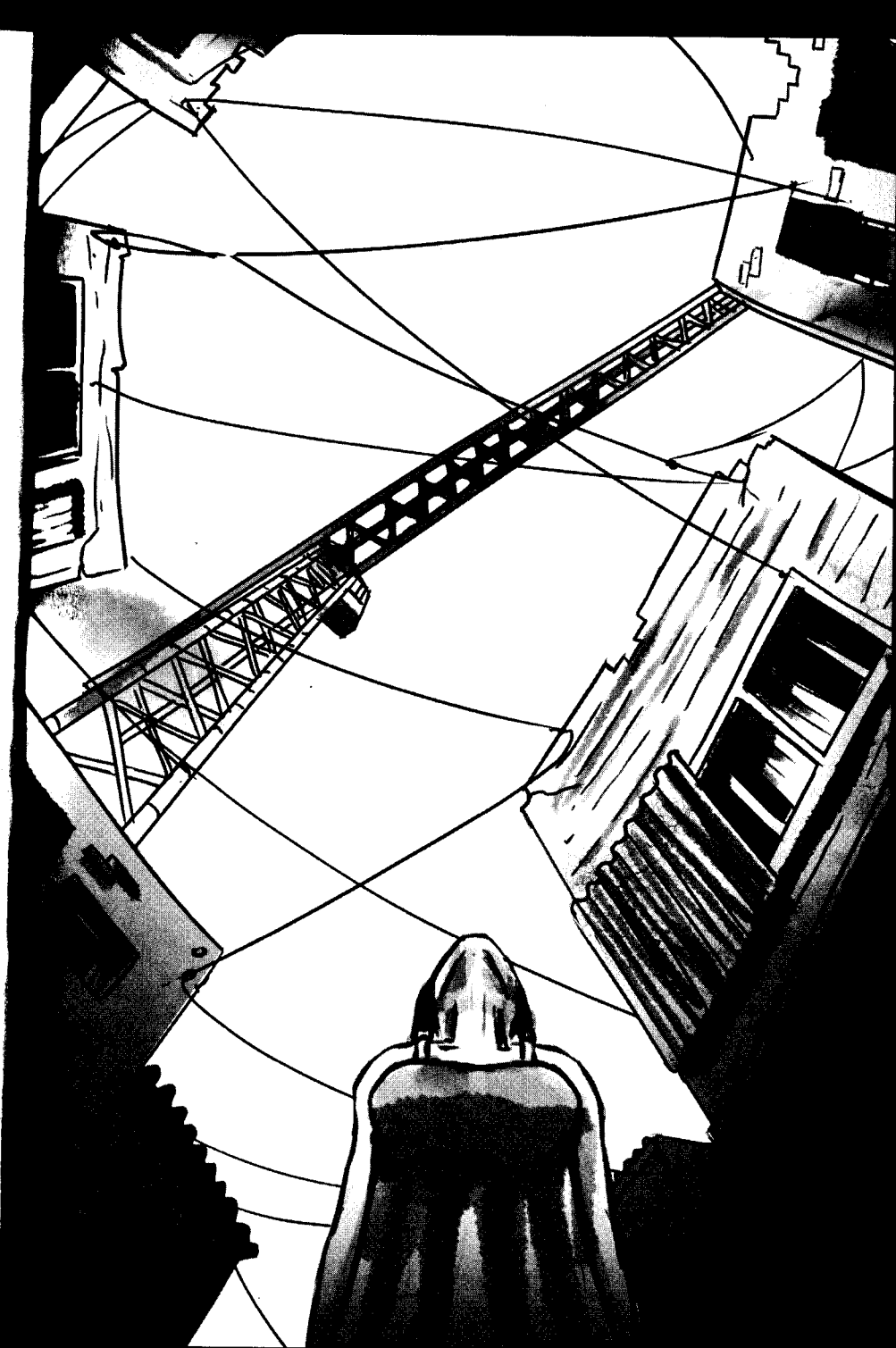
—Hola, Santino —lo saluda el papá de Mora—. Gracias por alojarnos... En cuanto consiga una changuita te voy a pagar la pieza. Vas a ver...

Santino le palmea el hombro en silencio.

—Muchas gracias por cedernos este... lugar —murmura la mamá de Mora.

—Estamos todos en la misma —murmura Marta—, pueden quedarse en esta pieza, era de mi sobrino Martín, pero desde que murió...

Mora se pierde entre palabras que cruzan de una boca a la otra. Escucha sonidos con muchas eses: “vecinos”, “planes sociales”, “subsidios”. Las eses tienen un sonido



agudo como el silbido de una serpiente. Hacen cosquillas en el oído, en una zona que es imposible de rascar. Mora se tapa los oídos y cierra los ojos. Sus padres se miran. Ella mira poco a la gente, es una pérdida de tiempo, eso no le da "información relevante".

Santino y Marta se van.

—Es por un tiempo, lo prometo —murmura su papá—, algún laburo voy a conseguir.

3

Mora se sienta sobre un colchón sin sábanas. Tiene hambre, pero no hay heladera. Saca galletitas de su bolsillo. Las tiene desde hace cinco días y tres horas, pero igual faltan diecisiete más para su vencimiento, Mora sabe que después se llenan de hongos, que son los seres más antiguos de la tierra, porque pueden vivir en el agua; lo aprendió en la escuela.

Su mamá llora a los gritos sentada en otro colchón, con voz de soprano.

—¡Basta, basta! —grita su papá con voz de contrabajo, emitiendo sonidos graves y empantanados.

Su mamá sigue lloriqueando; pero ahora, como un oboe entumecido:

—Es por un tiempo.

—Es por un tiempo —le contesta el papá en un eco melódico, en una octava más grave.

Finalmente, las dos voces se unen en un *duetto*, con un recitativo al unísono.

Mora cierra los ojos y dirige con sus manos, como los directores de orquesta.

Entra Marta, la esposa de Santino, moviendo la chapa verde que hace de puerta.

—¿Están cómodos? Les traigo unas sábanas. Las donó la parroquia del padre Mario. No parecen muy viejas... Acá van a estar bien. La nena... ¿se siente bien? Parece como si estuviera soñando.

La mamá levanta los hombros y susurra:

—Tiene problemitas. Mañana te explico.

Marta se acerca a Mora y le acaricia la cabeza.

—¡No me gusta que me toquen! —grita Mora.

La señora la mira desde distintos ángulos, con el cogote discontinuo de un pavo.

—¿Usted cuándo cumple años? —le pregunta Mora sorpresivamente.

—El veintiséis de septiembre. Ya te voy a avisar, jaja.

—No hace falta, yo recuerdo los cumpleaños de toda la gente que conozco.

—Cuántos regalos tendrás que comprar entonces.

—Setecientos sesenta y cinco.

—¿Qué cosa?

—Es la cantidad de gente que conozco, ahora ustedes son dos más, así que ya conozco setecientos sesenta y siete personas, aunque no sé cuándo cumple años Santino.

—Eh... Bueno, los dejamos descansar, ¿eh? Cualquier cosa que necesiten, me avisan.

Ya casi es de noche. La mamá de Mora tiende una sábana y una frazada en cada colchón y pregunta al papá:

—¿Dónde está el interruptor de luz?

—No tenemos. Mañana voy a armar una conexión.

Santino me va a ayudar.

—Y ese Martín, el muerto que vivía acá, ¿no usaba la luz? —pregunta Mora.

—¡No hables así de los muertos! —le reprocha su mamá y se santigua.

Eso hace la gente cuando se asusta. Se lo explicó Luis, su terapeuta, hace mucho y lo agregó a su lista para entender a las personas. Él dibujó seis caras, algunas sonriendo, otras no. Ella tenía que adivinar cómo se sentía cada una. Era divertido.

—Mora, vas a dormir en ese colchón —dice su mamá.

—¡No es mío! ¡Nunca dormí ahí!

Su mamá escribe en un papelito: “Colchón de Mora”, y se lo pega.

Mora se tranquiliza; porque lo que no tiene nombre no es de nadie, no existe.

Se saca las zapatillas y se acuesta con la ropa puesta.

—Mañana vamos a desempacar y te voy a dar tu piyama —le promete su mamá.

Mora se tapa con la frazada, que huele a pintura y aserrín. Conoce ese olor porque su papá a veces la llevaba al trabajo. Sus padres se quedan dormidos, pero ella no; da varias vueltas en el colchón, cierra los ojos y trata de recordar los azulejos de su otra casa.

Tres gotas repiquetean en un balde; suenan como una cajita china percutida con una baqueta diminuta.

De otra casa se escapa una melodía pegadiza y repetitiva, con un ritmo igual al de la gotera.

A Mora le gustan las repeticiones. Constituyen una forma de orden, la más simple.

Llueve. El ruido de las gotas sobre la chapa es irregular. Pik... pik-pik... pik-pik-pik. La i es una vocal que suena tonta, como un bebito. A Mora no le gustan los bebés, lloran más que ella y no hablan.

La lluvia le molestaba mucho de chiquita, ¡cómo gritaba!, aullaba como un lobo afónico. Su mamá le ponía un espejo para que viera que el trueno no la había destruido. Pero ahora ya no le gusta mirarse al espejo, porque el reflejo es uno, pero en realidad no es uno.

¿Y esos disparos que se escuchan desde afuera? Como en las películas de la tele.

Su mamá grita:

—¡Disparos! —y su sonido se funde con el de la lluvia y el ladrido de un perro.

El papá enciende una linterna.

Llegó el momento del *tutti*, cuando todos los músicos tocan a la vez. Mora cierra los ojos y dirige la orquesta con los dedos. Lluvia, perro, disparos, gritos, truenos, llantos.

—Voy a salir —dice el papá.

—¡No salgas, Ernesto!

Excelente recitativo el de su mamá, igual que en las óperas trágicas.

—Ernestoooo —la imita Mora con voz de falsete, o sea, muy aguda.

—¡Callate, que esto es serio!

Mora abre los ojos. Su papá se puso la frazada como capa, parece un emperador romano. Toca a la puerta. Em-

pieza la parte B de la sonata. Las sonatas tienen parte A, B y A'. La parte B es más suave y tranquila, menos intensa, como una plácida tarde de contar azulejos.

Santino levanta la puerta verde, entra y la vuelve a acomodar. Eso agrega dos golpes de timbal a la sinfonía.

—¿Están bien? —pregunta.

—Vos también escuchaste los disparos... —murmura el papá.

—Sí, en unos días te vas a acostumbrar, son enfrentamientos con la policía, ya casi ni los noto. Vine porque escuché que tu mujer gritaba.

El papá dice:

—Ya pasó.

—Ya pasó —contesta la mamá.

Es un canon: ya pasó, ya pasó, ya pasó.

Esta es la última parte de la sonata, cuando se aligera y se vuelve menos trágica.

Fin de la obra. Mora deja de dirigir. La puerta se cierra y cae el telón. Por el agujero-ventana se escuchan las hojas de los árboles, son los aplausos.

—Gracias, gracias —dice todavía con los ojos cerrados.

—Otra vez hablando sola, Dios mío —murmura su mamá.

5

Entra un haz de luna por el agujero alto de la pared. Mora no tiene sueño; trepa a un cajón de fruta y asoma la cabeza por la ventana. Hay alambres de púa que separan al barrio de la ciudad. Decide confeccionar un mapa, como hacían los antiguos cartógrafos. Y aunque un mapa es una mentira, es de las mejores, porque se parece mucho a la verdad.

Cuando era chiquita y su mamá la llevaba a visitar a alguien, ella dibujaba un plano de la casa. Sólo así se quedaba tranquila. Numeraba las habitaciones y baños. Los números son mejores que las palabras porque las frases fueron inventadas por la gente, y no quieren decir siempre lo mismo; son mentirosas como el espejo y los mapas. En cambio un 2 siempre va a ser un 2, no importa quién lo piense o lo diga.

Mora bosteza y se vuelve a acostar; se duerme calculando logaritmos y raíces cuadradas. Una vez, su terapeuta Luis le dijo que contara ovejas, pero Mora le

contestó: "Yo no puedo pensar en una oveja porque nunca vi una de verdad".

Ya es de mañana y su mamá la despierta. Golpetea su brazo como si tocara las teclas de un piano.

—Me parece que soñé con mi casa de antes —dice Mora, medio dormida—. Debe ser por el olor de los duraznos en almíbar que papá nos compraba porque estaban en oferta.

—Sí, trajimos todas las latas.

Ya hay una abierta, en una mesa improvisada con dos cajones de verdura.

—Mirá qué rico, como te gustan a vos —dice su mamá acercándole un plato amarillo.

—Quiero mi plato azul.

—Se perdió en la mudanza.

—¡El plato azul!

—Mora, no estamos para caprichitos, acá hay que arreglarse. No te podés dar el lujo de ser... especial, ¿entendés? ¡Comé! —grita la madre y se acerca con un plato amarillo.

A Mora le dan ganas de vomitar y se cubre la cara con las manos, se tira al suelo y se mueve para un lado y para el otro, hasta que se agota.

—¡Basta! ¡Basta, Mora! ¿Qué te dijo Luis sobre el balanceo? ¿Ya te olvidaste? Comé de la lata, vamos, mañana voy a encontrar el dichoso plato.

—No es dichoso, porque no dice dichos.

—Tengo una idea, te pongo el durazno en la mano, así no tenés que usar ningún plato.

—Bueno, pero antes me voy a lavar las manos. ¿Dónde está la canilla?

—No hay acá... vamos a buscar agua a la pileta comunal, me dijo Marta que acá es así...

Salen juntas y transitan las calles angostas, delimitadas por casas de ladrillos sin revocar. Mora agarra fuerte la manija del balde y lo hamaca para un lado y para el otro; el recipiente roza las paredes laberínticas con el mismo ruido que el serrucho de su papá; el que usaba para cortar madera, cuando tenía trabajo... La última vez que la llevó, ella le tiró una silla al supervisor.

—Él cambió mi mochila de lugar —gritó entonces Mora—. ¡No me gusta que toquen mis cosas!

Su papá la retó, pero después le compró un helado.

Ahora recorre los pasadizos con su mamá, buscando la pileta comunal; mientras tanto, va diseñando un mapa en su cabeza. Cada tanto hay una flecha con un cartel que dice “a la plaza central”. Llegan a un patio de tierra enorme, es la plaza del barrio.

Encuentran a Marta. La mamá de Mora sonríe y dice:

—Quedate acá, Mora, ya vuelvo —y se aleja unos metros para saludar.

Un señor vestido con una sotana y una cruz se acerca a Mora:

—Tu familia llegó ayer, ¿no? Mucho gusto, soy el padre Mario. ¿Y vos?

—Yo no.

—Jaja. ¿Cómo te llamás?

—Mora.

Él le extiende su mano. Ella hace lo mismo, y recita la frase que le enseñó Luis:

—Mucho gusto, soy Mora.

—Sí, ya me dijiste.

Ella cuenta hasta tres y lo suelta. Luis le enseñó que no hay que soltar la mano del otro como si fuera una papa caliente, ni tampoco quedársela para siempre, porque si todos hicieran lo mismo, la humanidad permanecería tomada de las manos. Y a Mora no le gustan las rondas porque todos se miran entre sí.

—¿Venís a buscar agua a la pileta? —pregunta el cura—. Allá está, tenés que poner el balde debajo de la canilla, mirá que no podemos desperdiciar nada.

Las dos mujeres se acercan y lo saludan; su mamá se presenta y le cuenta algunos pormenores de la mudanza. Él les dice que vayan tranquilas, que se va a ocupar de indicarle a Mora el camino de vuelta.

—Te espero en casa, Morita, el padre Mario te va a acompañar.

Mora y el sacerdote quedan solos en medio de la plaza estéril y seca.

—¿Querés conocer la parroquia? —dice señalando una

construcción con algunos vidrios rotos—. Hay talleres de música, pintura, baile.

Mora fija la vista en una escultura. Entonces el padre Mario le explica:

—Es María, la madre de Jesucristo.

—¿Y el papá dónde está?

—En el cielo.

—¿Es aviador?

—Contame, Mora, ¿de dónde viene tu familia?

—Del barrio de Almagro.

—¿Ahí no hay iglesias?

—No sé. Mi papá no me llevaba ahí.

—Decile a tu papá que estoy acá para lo que necesite.

—Necesita trabajo.

—Como todos. Ya veremos cómo lo podemos ayudar.

¿Qué sabe hacer?

—Casas.

—Eso siempre hace falta. Tenemos una cooperativa y ya construimos muchas viviendas. Te voy a presentar a una chica de tu edad, está practicando para la misa del domingo. Entremos.

Adentro hay asientos de madera y al fondo, una mesa alta con un mantel bordó. Junto a unas escalinatas, hay una chica tocando la guitarra.

—Me gustaría vivir acá —comenta Mora—, no en la casilla de Martín, el muerto.

—Martín... Sí, pobre chico. Que descanse en paz...

—Los muertos no descansan, porque no se cansan.

—Es un decir, Mora.

—Voy a mudar mis cosas acá, me gusta este lugar, no hay goteras.

—Esperá, esperá, no podes alojarte en la parroquia, pero vení a visitarme todas las veces que quieras. Esta es la casa de Dios.

—¿Dios? Es lo que dice mi mamá cuando está preocupada. Dice “Ay, Dios”. Le voy a decir que venga. Acá lo va a encontrar.

La chica de la guitarra canta algo muy raro que no está en armonía con el acompañamiento. Mora le quita el instrumento, pero la otra lo recupera con brusquedad.

“Uy, cierto que tenía que pedírsela prestada, no sacársela de la mano”, piensa Mora.

Luis se lo explicó muchas veces, es que uno se olvida, son demasiadas instrucciones. Hay que saludar así, hablar así... ¿cómo hacen los demás para acordarse de todo?

—Antonella, te presento a Mora... —le dice el padre Mario, pero ella sigue tocando sin levantar la cabeza.

En una silla hay otra guitarra, Mora la levanta y se sienta a tocar en un escalón. La canción es muy sencilla, la aprende al instante y después le agrega variaciones: despliega escalas rápidas. Le gustan mucho las semicorcheas, son patas de arañas que trepan por el pentagrama. En cambio, los acordes le desagradan porque suenan todas las notas al mismo tiempo; son estáticos y pesados como gente amontonada.

Los dedos van solos. De pronto siente las manos mojadas, su remera también. Una gota cae de su frente y repiquetea en la guitarra como alguien que golpea una puerta diminuta. Sus pupilas persiguen los dedos huidizos. La canción termina en un acorde tónico, como era de esperar, en Do mayor, que es el rey de los tonos porque no necesita sostenidos ni bemoles (que son las teclas negras del piano).

El padre Mario aplaude, y Antonella se va sin saludar, sale rápida y silenciosa, como la sombra de un pájaro.

—No te preocupes, Antonella va a volver, siempre vuelve.

El padre Mario sale con Mora y le indica cómo volver a su casa.

—Quedate tranquila que ya te vieron conmigo, podés volver sin problemas.

—¿Quiénes nos vieron?

—Acá todos ven, aunque uno crea que no... Quiero pedirte un favor: que toques en la misa del domingo ¿Querés darnos una mano?

—No puedo darles mi mano porque la necesito.

El padre Mario se ríe bajito.

Luis siempre dice que si los demás se ríen, uno tiene que reírse, por eso ahora Mora lanza una carcajada en un registro medio, ni soprano ni contralto.

—Así que vivís al lado de los Pérez —retoma el padre Mario la conversación—, en la pieza del difunto Martín. Pobre... lamentablemente ya no está entre nosotros.

—¿Y entre quiénes está?

—Eso nadie lo sabe... Bueno, te espero el domingo.

Mirá, vas por ese caminito y no te podés perder. Nos vemos.

“Qué calor”, piensa Mora, “me gustaría tomar agua. Uy... ¡Tenía que llevarle el balde a mamá!”

Va a la cisterna, abre la canilla, el balde todavía está allí. El sonido del agua en el recipiente se va haciendo cada vez más agudo. El agua rebalsó el balde y ahora hace splash en el suelo, como un latigazo.

—Ey, ey, estás volcando toda el agua, ¿estás loca, ne-na? —dice una voz y Mora se da vuelta: un chico de su edad la observa. En medio de sus ojos, un mechón negro se hamaca sobre su nariz.

—Mucho gusto, soy Mora.

—Yo soy Martín.

—¿Vos sos Martín? ¿El muerto?

—¿Cómo sabés de mí?

—Soy Mora, mucho gusto— dice y le vuelve a tender la mano.

—Ah, estás “chapita”, bueno, mucha gente es así acá, ¿dónde vivís?

—Atrás de la casa de los Pérez, donde vivías vos.

—¿En mi pieza? Más vale que la cuides bien. Y... dale de comer a mi gallo.

—No vi ningún gallo.

—Ya va a aparecer. Dale pedazos de pan, verdurita, lo que sea, no dejes que se lo coma nadie, y si canta no lo interrumpas.

—Jamás interrumpo un concierto, eso lo hacía antes, cuando era chica y mamá me llevaba a...

—Vamos, te acompaño.

Caminan con pasos regulares, él va una décima de segundo atrasado; como un metrónomo que anda mal.

—Martín. ¿Vos estás entre nosotros?

—¿Entre quiénes? Acá estamos vos y yo, nomás.

—El padre Mario dijo...

—Ah, el padre Mario... cuánto hace que no lo veo...

Martín sonríe y el mechón de su nariz pierde el equilibrio, pero él se lo vuelve a acomodar.

De pronto escuchan un motor. Mora se da vuelta, hay un patrullero. Pero... Martín ya no está, se esfumó, debe ser que los difuntos pueden aparecer y desaparecer cuando quieren. Luis no le dijo nada de eso, y no le explicó cómo hay que saludar a un muerto, ¿también hay que darle la mano? ¿Y si se la come? ¿Qué comen los muertos? ¿Duermen? ¿En sus sueños están vivos?

Un policía baja del patrullero:

–¿Sos nueva?

–No, soy Mora, mucho gusto, soy Mora, mucho gusto.

Tengo que llevar el balde a mi casa.

–Soy el oficial Ramírez. Vos debés ser de la familia que hospeda Santino. Me enteré, acá se sabe todo.

–Vivo en la pieza de Martín.

–Pobre pibe, terminó bajo tierra.

–Yo lo vi sobre la tierra, no debajo.

–Eso no es posible... Vamos, te llevo con tu familia, a los nuevos los acompaño, es más seguro, ¿sabés? Yo nací en este barrio. Acá me conocen todos. Cuando lleguemos, voy a revisar la pieza de Martín, su muerte dejó muchas dudas, pero te aseguro que voy a encontrar una pista antes de que cante un gallo.

–Martín también me habló de un gallo.

–¡Ah! Entonces la rata esa tenía cómplices.

–No es una rata, es un gallo.

–Alguien apodado el Gallo... y puede estar en cualquier parte, estos sujetos son muy hábiles.

–Sí, y cantan.

–Todos cantan cuando las papas queman.

–No, cuando sale el sol.

Escuchan pasos, alguien viene por el laberinto de ladrillos. Es Santino, el tío de Martín.

–Mora, vos quedate acá que tengo que hablar con Pérez. Esperame un minuto que ya vengo. ¿Entendiste?

–Sí. Un minuto son sesenta segundos: uno, dos, tres...

Los dos hombres se alejan, pero Mora oye lo que hablan, es capaz de escuchar incluso los pasos de una tortuga (así salvó a una, antes de que cayera por la alcantarilla, hace mucho tiempo).

–Parece que Martín tenía un cómplice apodado el Gallo; puede estar cerca –dice el oficial Ramírez–. Vamos a investigar...

–A mí no me metas.

–Vos ya estás metido, Santino; eras el tesorero de la cooperativa, y te dejaste afanar como un gil. Ahora ayudame a buscar la guita.

–Andá a saber dónde la escondió el pibe. Puede estar en cualquier lado...

–Pobre rata, me acuerdo cuando escuché el disparo y lo vi en el suelo. Ni siquiera me pude despedir, porque tu mujer lo veló a cajón cerrado... capaz que fue el Gallo ese, que le disparó para quedarse con todo.

–No sabía que mi sobrino tuviese un amigo con ese nombre, nunca me habló de él.

—No puede estar lejos.

—Bueno, yo me voy. Tengo cosas que hacer.

Ramírez aplaude dos veces frente a la entrada de una casa. Mora observa unos metros más atrás.

—¡Abran! ¡Policía! —grita el oficial.

Ramírez entra sin que nadie lo invite a pasar. Eso está mal. Luis dice que hay que tocar el timbre. Debe ser que las puertas de lona no tienen; son como los telones: se abren y aparece gente del otro lado; y él les hace preguntas. Después entra en otra casa. Atrás de una puerta de chapa donde se lee “24 bis” hay una anciana con los pies en una palangana. En la que dice “A-B I”, hay cinco chicos tironeando de un alfajor.

Mora se acerca al policía y dice:

—Pasó más de un minuto. Diecisiete minutos y veintiséis segundos.

¿Eh? Ah, sí, sí, vamos.

Llegan a la casilla, y Mora entra primero.

—¡Al fin trajiste el agua! —grita su mamá—. ¡Hace dos horas que te estoy esperando! Uy, perdón, agente, no lo vi... Buenas noches.

—Buenas noches, señora, busco a un delincuente apodado el Gallo.

—Cómo no, pase...

Ramírez revisa debajo de los colchones y de los cajones de fruta; no hay mucho más para ver. Se rasca la cabeza y murmura:

—Me voy, buenas noches.

II

Mora se sienta en el colchón y trata de entender lo que está pasando. Se balancea tapándose los ojos. No puede pensar, con tantas cosas en la habitación... Una silla, un plato, una escoba.

Todo es un caos.

—Morita, Morita, dejá de balancearte, mamá te quiere mucho y yo sé que vos también... bueno, todo lo que podés... Luis me lo explicó.

El día termina como siempre, con olor a duraznos en almíbar. Sus padres se duermen enseguida.

Mora se acuesta en su colchón y mira el techo. La chapa estriada serviría como raspadora, un interesante instrumento de percusión.

El punto donde se unen las dos hojas de metal corrugado tiene un pequeño recorte, con forma de triángulo isósceles.

Mora no puede dormir si ve una forma irregular.

—Ojalá ese triángulo fuera equilátero...

Se levanta y recoge del suelo un pedazo de cartón, apila varios cajones de fruta y se sube. Trata de colocar el cartón entre las dos chapas yuxtapuestas, pero algo hace resistencia... Mete la mano y encuentra un cuaderno con números. En la tapa dice: "Libro contable de la cooperativa Esperanza". Lo guarda debajo de su colchón.

—Seguro que es de Martín, porque está en su pieza. Cuando lo vea se lo voy a devolver...

Mora trata de dormir, ya no le molesta tanto ese triángulo irregular, al fin y al cabo, gracias a eso encontró el cuaderno de Martín.

Mira de reojo su frazada, no le gusta; tiene círculos que no están en fila sino desordenados, como la naturaleza: las ramas de los árboles, por ejemplo, no son todas iguales. Las estrellas, las flores, son todas distintas.

Mora se sube a un cajón de frutas, se asoma a la ventana y de pronto... ve a Martín trepando por un poste.

—Ey, Mora, psss... ¿Podés salir? —le pregunta con voz de secreto.

—Sí —contesta ella y sale a través del pasillo que pasa por la casa de los Pérez—. ¿Dónde estás?

—¡Acá! ¡Arriba del techo! Seguime.

Martín camina por los techos del barrio como si no pesara nada, y Mora lo sigue por abajo. Al llegar a la plaza principal, él salta y aterriza a su lado.

—Hola, Mora.

—Hola Martín, mucho gusto soy Mora.

—¡Ya sé, ya sé! Quería decirte que... el otro día me escapé porque estaba la yuta, bah, el oficial Ramírez. ¿Vos llegaste bien?

—Sí, me ayudó a llevar el balde, él también estaba preocupado por la desaparición del gallo.

—¿Y cómo sabe lo del gallo?

—¿Ramírez o el señor Yuta?

—Vos no hablás como las chicas que conozco.

—Ya sé, por eso mis padres me mandan con Luis.

—Ah... ¿tenés novio?

—No, Luis es mi terapeuta, me enseña cómo comportarme para ir a una escuela común.

—¿Querés caminar un rato?

—Sí. Eso hace bien. Sentirse bien es no querer vomitar.

—No entiendo mucho lo que decís, pero sos muy linda.

Martín la mira y le da la mano, pero ella se la saca enseguida, no le gusta que la toquen, es como comer algo frito: después se siente mal.

—No me tengas miedo, Mora.

—No me gusta que me toquen.

—Ah... ¿Y cómo es eso?

—Por ejemplo. ¿A vos te gusta comer clavos?

—No.

—Bueno, a mí no me gusta que me toquen.

—Uuuuh, demasiado quisquillosa. ¿Qué pasó, princesa? ¿Venís de un barrio cheto?

—No sé.

—El otro día vi que entraste a la parroquia.

—Sí, toqué la guitarra con Antonella.

—¿Así que tocás la guitarra?

—Sí, adentro de la parroquia hay dos, todos pueden tocar, dijo el padre Mario, vos también.

—Los muertos tocamos el arpa, no la guitarra, jaja.

—Arpa no hay.

—¿Vamos ahora a la parroquia? Así me enseñás.

—Sí. Es muy fácil, sólo hay que aprender las notas y después combinarlas.

Llegan y entran en silencio; la parroquia está en penumbras, las sombras trepan por las paredes como una enredadera. ¿Qué porcentaje de suelo está sombreado? En la cabeza de Mora, los números se hamacan sobre signos de restas y sumas, al compás de una sinfonía muda.

—¿Y? Te quedaste como una momia —la interrumpe Martín. Agarra la guitarra de una vitrina, y se la da—. Pero no toques muy fuerte, eh.

—Conozco una manera de tocar sin que se oiga.

Mora apoya el borde de su mano sobre el puente de la guitarra para que suene con sordina. Se lo explicó Luis hace mucho: de noche no conviene hacer ruido.

Escuchan pasos y se enciende la luz de una linterna sobre la guitarra.

—¿Que estás haciendo acá, Mora? —pregunta el padre Mario.

—Hablando con usted.

—Sí, pero antes, antes de hablar conmigo.

—Tocábamos la guitarra.

—¿Quiénes?

—Martín y yo... —dice mientras se da vuelta... pero Martín ya no está.

—Martín murió hace tiempo, Mora. Seguramente te hablaron de él, te sugestionaste y te pareció verlo. Cayó en un tiroteo con la policía. Dicen que se llevó la plata de la cooperativa barrial. A veces uno hace cosas malas sin darse cuenta... Bueno... te acompaño a tu casa, es tarde. Si tu mamá se despierta se va a preocupar.

Por el camino, Mora mira para todos lados, pero no hay caso. Martín no está.

Es temprano, entra una soga de luz por el agujero de las goteras. El haz raquítico permite ver todas las cosas que hay en la habitación, que ya se parece mucho a una casa. Cada colchón tiene al lado un cajón de frutas que se usa como mesa de luz. Una cortina muy grande separa los dos colchones, creando la sensación de dos ambientes.

Al lado de una mesada con mantel hay una garrafa para cocinar. Las vasijas están ordenadas en un estante.

El cacharro que usan de baño está entre cuatro paredes de plástico. Ahí mismo se pueden bañar llevando un balde y un poco de jabón que el papá consigue muy barato en los puestos callejeros.

El nuevo hogar es como una maqueta del que tenían antes, porque tiene las mismas cosas pero con materiales descartables.

Sus padres se despiertan y todo empieza otra vez: preparan un desayuno con un pan de ayer y un mate cocido. Su papá sale a buscar trabajo con el diario bajo el brazo.

Desde que se mudaron, no lo compra. Pide "el diario de ayer" en los bares. "Y claro, ¿cómo va a encontrar trabajo si llega a la entrevista veinticuatro horas tarde?", piensa Mora. "Vive con un día de atraso, como si viajara en el último vagón de un tren que tarda un día en pasar".

—Hay una escuela pública cerca, la número 22 —dice su mamá; y le da un vaso de mate cocido con leche—. Me gustaría que empezaras la secundaria ahí, pero quizás exijan que tengas una maestra integradora. Una psicopedagoga va a tener una charla con cada alumno.

—Yo puedo conversar con las personas. Tengo mi libreta de caras.

—Necesitaríamos llamar a Luis para que te adiestre un poco más.

—Una vez vi cómo adiestraban perros.

—Bueno, no quise decir "adiestrar"...Y algo más, me dijo el padre Mario que te invitó a ensayar para las misas. Cuando vayas ¿podrías pedirle un armario que alguien haya donado?

—Sí. Puedo pedirle.

—¿Le vas a pedir?

—No, pero puedo pedirle.

—Todo hay que aclararlo con vos, Mora. ¡Pedile eso al padre Mario!

Mora abre la puerta y se escapa.

—¡Mora, esperá, adónde vas? ¡No podes irte sola!

Mora no la escucha, la mamá sale a buscarla, pero no la ve.

La discusión con su mamá le causa latidos acelerados. Lo raro es que también le pasa eso cuando ve a Martín, y con él no está enojada... El corazón es un músculo que reacciona siempre con un *acelerando* como los valeses de Strauss.

Luis dice que cuando uno se enoja tiene que pensar rápidamente en algo que le guste. Mora calcula la raíz cuadrada de 540 945.

Ya se siente mejor.

Saca su mapa del bolsillo y llega a la parroquia.

—Hola, Mora. Qué sorpresa. Pasá —dice el padre Mario.

—Mucho gusto, soy Mora.

—Sí, ya nos conocemos. ¿Por qué no me voy a acordar de vos?

—No sé, la gente siempre se olvida.

—Yo no me olvido de nadie. Con respecto al desaire de Antonella, el otro día... no te preocupes, ya se le va a pasar. Te diste cuenta cómo piensa... ¿no?

—No. Todavía no se inventó la máquina de saber qué piensa el otro.

—Por suerte...

—Mi mamá necesita un armario.

—Yo no tengo, pero el papá de Antonella quiere donar uno porque no tiene lugar, tuvieron que traer a la abuela a vivir con ellos. Se lo voy a pedir... —dice y extiende su mano para examinar el mapa que Mora sostiene entre sus dedos.

—Mucho gusto, soy Mora —dice ella extendiendo su mano, también.

—Ya dijimos que no hace falta volver a presentarse. Sólo quería ver tu mapa. A ver...

Mario saca una birome de su bolsillo y marca la casa de Antonella.

—Es ahí. Vayan de mi parte. Nos vemos en la misa del domingo. ¿Tu mamá sabe que estás acá? Vamos, te acompaño hasta la entrada de tu calle.

Caminan en silencio. Mora está molesta: ahora va a tener que ir a la casa de Antonella con sus padres para conseguir el mueble, y eso le da náuseas como todo lo que no le gusta, porque el otro día Antonella se fue sin saludar, y Luis dice que eso no se puede hacer. Mora sí saluda muchas veces, y a todos.

Piensa en eso y tiene ganas de romper algo, pero no, porque Luis dice que hay que expresarse a través de la palabra, pero nunca le dice cuál es esa palabra...

Caminan por el pasillo flanqueado de ladrillos. Algunas casas tienen lamparitas con cables que se cuelan por

los techos, quién sabe a dónde van o de dónde vienen. A través de las puertas de tela y las ventanas, se ven algunas personas que encienden fuego en garrafas.

En una casa están cebando mate, ¿por qué será que acá todos toman en vez de comer? ¿Estarán a dieta? Mora hizo régimen una vez, cuando Luis le dio una medicación que engordaba. Por suerte ya no la toma. Fue cuando ella le tiró un sillazo al ex-jefe de su papá.

—Bueno, a partir de acá podés seguir sola, es en la próxima calle. Te espero para la misa del domingo.

Mora sigue caminando. Al trasluz de una lona se ve el perfil de la boca de unos perros que ladran, parecen sombras chinescas.

—Así se inventó el cine —recita Mora para sí—: 28 de diciembre de 1895, los hermanos Lumier.

Luis dice que recordar tantos datos no sirve para nada, pero que uno no elige qué olvidar.

Vuelve a casa, su mamá la reta, y le ruega que no se escape más. Su voz tiene algunos ruidos hoy, como la radio cuando hay interferencia. Mora trata de desenroscarle la nariz.

—¡Ay, Mora! ¿Qué estás haciendo?

—Trato de ajustar el dial.

—Dios mío... Voy a tener que llamar a Luis otra vez.

16

Después de una noche sin disparos, la despierta una melodía ronca que se mezcla con lo que estaba soñando: un oboe se convertía en gallo y le decía que ella estaba usurpando su lugar; Mora trataba de atraparlo, y cuando ya estaba cerca, el gallo se daba vuelta y... ¡tenía la cara de Martín!

Ella abre los ojos, pero sigue escuchando al gallo. Levanta los párpados con tanta fuerza, que también se le abre la boca; como a una marioneta.

Mira a sus padres: duermen en el colchón de al lado (la cortina separadora de ambientes no se cierra del todo).

Mora es la única que escucha al gallo, son las cinco de la mañana. Hasta que no se calle, no va a poder dormir, hay que atraparlo. Se sube al cajón de frutas y mira por el agujero-ventana. Ahí está el ave, parada sobre un poste de alumbrado. Mora le tira una cuchara por la cabeza, el gallo mira para todos lados. Ella saca la mano por el agujero-ventana, y la mueve para llamar su atención. El ave aletea

hasta el poste de al lado. ¿Y si es el gallo de Martín? Mora saca la mano por el agujero y lo agarra. El gallo se escapa y corretea por toda la pieza.

—Tengo que avisarle —suspira Mora.

17

—¿Qué es ese ruido? —rezonga el papá con los ojos cerrados, y se da vuelta para roncar más fuerte.

El gallo se acerca a Mora rengueando. Ella le cierra el pico con los dedos como cerró una vez la tapa del piano en la escuela; no toleraba que los chicos tocaran ahí “cualquier cosa”. Un compañero no llegó a sacar la mano del teclado y lo tuvieron que enyesar. Mora fue suspendida una semana.

—Yo no quería lastimarlo, pero él lastimaba a la música —dijo cuando citaron a sus padres.

Ahora el gallo está en silencio. Mora lo observa, tiene una etiqueta atada a su pata, dice “Martín”.

—Entonces a él también le gusta etiquetar sus cosas...

Se siente aliviada. Tener algo en común con alguien la hace sonreír por primera vez (sin copiar a otro que sonríe). Extraña paradoja: verse igual a otro le permite dejar de imitarlo. La gente usualmente no copia todos los gestos ajenos, sólo los necesarios, dice siempre Luis.

Mora acerca la etiqueta a sus ojos, ya sabe que los objetos pueden convertirse en otra cosa cuando uno los ve en detalle: una mancha roja puede ser un pulóver, sangre o la bandera de Japón.

Hace mucho, Mora llevaba siempre una lupa para clasificar los ojos de las personas; no por su iris, sino por los diferentes tonos del blanco en sus córneas. Los chicos se escapaban. ¿Por qué? Luis le explicó que había que estar a un metro de otra persona para conversar, salvo que se le quisiera decir un secreto, entonces podía ser menos.

Un día, un compañero le arrebató la lente y la arrojó al suelo, dejando una constelación de añicos. Mora gritó durante cuarenta minutos. Ese día fueron a buscarla más temprano.

Ahora ella examina la etiqueta de nuevo. Del otro lado tiene un número de veinte cifras.

El gallo se desgañita cacareando. Parece que va a expulsar sus vísceras por la garganta. Mora le cierra el pico con una cinta adhesiva y lo guarda en su mochila; el gallo amordazado se resiste dando alazos y patadas desordenadas.

Ella se cuelga la mochila en un hombro y sale.

El sol ya se esparce por las callejuelas color terracota. La gente revuelve bolsas de residuos traídas de la ciudad.

—Algunos son cartoneros —le había dicho la señora Pérez a su mamá—. Hay que ver las cosas que tiran los ricachones, de cada bolsa se puede sacar comida para veinte personas.

Pero ahora no puede detenerse a observar a los demás, tiene que llegar a la pileta comunal, el ave necesita agua para vivir.

Mora llega a la plaza. Llena el balde, saca al gallo de la mochila y despega la cinta del pico; el animal bebe más rápido de lo que puede tragar. Después, ella le precinta el pico otra vez.

Mora vuelve a casa, sus padres están tomando mate.

—¡Otra vez te escapaste! —grita su mamá—. ¿Dónde estabas, Mora?

—En la pileta comunal.

—¿Trajiste agua?

—Sí.

—Mora, tu mochila se mueve sola, ¿qué hay adentro?

—Un gallo.

—¿Qué? A ver, dame eso.

Su mamá abre la mochila y emite un grito similar a un trombón cuando va hacia los agudos; el animal la ataca con el pico encintado.

Mora agarra al gallo y le despega la cinta para que se calme.

El ave se sube a la cabeza de la mamá cacareando con sonidos largos y desafinados. Los dos gritan.

Mora cierra los ojos y dirige. Hay predominancia de vocales “o”.

—Nooooo —grita su mamá.

—Cocorocoooo —cacarea el gallo, y clava sus patas en la nuca de la mamá; le tapa los ojos con sus alas y ella da vueltas como un trompo, en un ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto al suelo. Por el camino se agarra de lo que puede. Vuelan vasijas, que suenan como platillos de la orquesta. Las ollas caen sobre los cajones de fruta, son los timbales. La tensión va *in crescendo*, faltaría un sonido agudo que contrastara con las frecuencias bajas:

—Luuuuuu —canta Mora en un tono igual al del teléfono.

Se cierra el primer acto con un recitativo de su mamá:

—¡Te agarré, gallo maldito! Moraaaaa, este va a ser nuestro almueeeeerzo.

—No, mamá, ese gallo es de Martín —dice y se lo arranca.

—Era, querrás decir, ese chico murió, a él ya no le sirve, pero a nosotros sí.

—Yo prefiero duraznos en almíbar.

—¡Ah! ¡Ahora resulta que te gustan! Todo lo hacés para llevarme la contra —solloza su mamá.

El gallo se escapa por la ventana.

—Qué lástima, ya no se lo voy a poder dar a Martín.

—¿Y ahora qué vamos a almorzar?

—El padre Mario nos va a conseguir un ropero —anuncia Mora repentinamente.

Su mamá levanta la vista mojada.

—¿En serio?

—Sí. Me dio la dirección de Antonella, la nena que toca guitarra en la misa, sus padres tienen un mueble para donar.

—Vamos ahora, entonces. Mirá si se lo dan a otra familia.



Salen las dos y pasan por las casas que había
pesquisado Ramírez.

Desde una ventana, se escucha una voz reconocible,
es la del señor Pérez.

—Más vale que me digas dónde está —gruñe.

—Yo no lo tengo. No sé nada —le contesta otra voz.

—Bue... Voy a seguir preguntando, ¡y ni se te ocurra
hablar con Ramírez!

Seguro que le prestó algo a un vecino y no se lo
devolvieron. A Mora tampoco le gusta que toquen sus co-
sas; prestar es como prometer, es una mentira. Mientras
algo lo tiene otro, es del otro.

Siguen caminando. Su mamá se encuentra con una
vecina que la invita a participar de una murga para los
carnavales.

—Ahí voy, Mora, esperá un minuto que tengo que
arreglar algo, acordate, contá hasta sesenta.

—Uno, dos...

De atrás de un tacho de basura sale la voz de Martín
con sonido de secreto.

—Eh, chist, ¡Mora! Acá, soy yo, Martín.

—Hola, mucho gusto soy Mora.

—Shhhhh, ya sé, nena.

La tironea de la mano hasta sentarla a su lado. Por
lo general ella no deja que la toquen, pero de Martín no le
molesta tanto, quizás porque está muerto.

—¿Qué hacés atrás de un tacho de basura? —pregunta Mora.

—A ver, ¿qué te parece que hago?

—Descansar a la sombra.

—¡Me estoy escondiendo, Mora! Ramírez cree que me afané la guita de la cooperativa, pero no es cierto, estoy averiguando quién fue. Me tenés que ayudar, sos la única que habla conmigo.

—Cierto. ¿Por qué será?

—¡Moraaaa! —grita su mamá—. ¿Dónde te metiste?

Pero ella no puede responder porque Martín le tapa la boca con la mano, hasta que la señora se va.

—Disculpame —dice Martín—, espero no haberte lastimado.

—Ya sé. Yo le hice lo mismo al gallo, y tampoco quería lastimarlo.

—El gallo... necesito que lo encuentres, él te va a dar todas las respuestas... y cuando tengas las pruebas, se las

tenés que llevar a Ramírez. El cree que soy culpable porque me pusieron algunos billetes en mi mochila. Me plantaron una prueba falsa.

—Claro, y ahora tenés que regarla todos los días.

—¿Qué?

—Cuando uno planta algo lo tiene que regar. La fotosíntesis es un proceso...

—¡Necesito a mi gallo, Mora!

—Yo lo vi, pero se me escapó...

—¡Buscalo, entonces! ¿Me vas a ayudar o no?

—Sí.

Martín le da un beso. Ella se queda quieta. Calcula los millones de gérmenes que traspasan a su organismo y dice:

—Voy a necesitar penicilina, descubierta por Alexander Fleming en 1928.

—¿Estás loca, nena? Te acabo de dar un beso. ¿Te gustó o no?

—No sé. Cuando alguien me toca, yo grito y me golpeo la cabeza contra la pared. Pero hoy no. Debe ser que me gustó.

21

La voz grave del policía Ramírez irrumpe:

—¿Quién anda ahí?

El oficial mira detrás del barril de basura.

—Mora, ¿qué haces ahí?

—Vamos a buscar al gallo.

—¿Quiénes?

Ella mira hacia un costado, pero Martín desapareció.

—Yo también busco al Gallo, ¿lo viste?

—Sí, se escapó por una ventana.

—Estos delincuentes son muy astutos. ¿Dónde está tu mamá?

—Cerca.

—Ah, bueno, hacele caso, ¿eh? Y nada de escaparte.

Hasta luego.

Ramírez se va y Mora busca a su mamá, pero no la ve, así que vuelve a su casa.

Por el camino, recuerda el beso de Martín y se ríe fuerte, qué cosa rara chuparle la cara a otro. Una vez leyó

que esa costumbre viene de los gorilas, antecesores del homo sapiens, que les daban de comer a sus crías la comida ya masticada, de una boca a la otra.

—Jajaja, es raro. Jajajaja.

Cuando vea a Martín le piensa comentar lo de los gorilas.

La piecita está más linda hoy. Y la cara de su mamá, gritándole que no se escape más, ahora es más redonda y menos arrugada.

Después de cenar, Mora se acuesta en su cama, que ya no es un colchón con frazadas, ahora es su cama. Tiene la temperatura de un nido y es suave como la piel de un cachorro. Hoy abriga más.

Su papá y su mamá ya duermen, pero Mora no. Piensa en Martín y su manera de decir shhh como un sifón de soda de los que usaba su abuela; y también recuerda a ese hombre que hablaba con Pérez, detrás de la lona que proyectaba sombras chinescas. ¿Cómo se les habrá ocurrido a los chinos inventar sombras chinescas? Quizás porque tienen la sombra más larga del mundo: la de la Muralla china, 21 196 kilómetros. Es una súper sombra, como el sol es una súper estrella. Súper... supermercado, Superman.

—Jajaja Súpppperrrr, súpppppeerrrr.

Los chinos fueron los primeros en hacer esos teatros de sombras. Cuando uno es el primero en algo, está en la Wikipedia; los segundos, no, y por eso nadie sabe quiénes son. A Mora le gustaría que hubiese una enciclopedia de segundos.

Mora se despierta sin recordar en qué momento se durmió, como esa vez que la anestesiaron para sacarle una muela: la tuvieron que dormir porque rasguñaba al odontólogo y le arrancaba el torno de la mano.

Pero ayer no tuvo que calcular raíces cuadradas. Nunca le había pasado. Y hoy... hoy es domingo... ¡El día de la misa! Tiene que tocar guitarra con Antonella en la parroquia, ¡se lo prometió al padre Mario! Y aunque las promesas son mentiras porque nadie puede predecir el futuro, es menos mentira si se cumplen.

Su papá tiene que arreglar unos enchufes y su mamá tiene que hervir verdura para la sopa, no pueden ir a misa, pero la dejan ir sola hasta la parroquia, ahora ya es un camino fácil y conocido.

Se despide de sus padres.

Llega y está por empezar la misa. Las personas se sientan de a una, en *delay*, son piezas de dominó que se desploman, es una reacción en cadena.

Están los Pérez, Antonella, el padre Mario. Mora sube las escalinatas del atrio y toma la guitarra. Decenas de ojos la observan, y Mora escucha sus parpadeos. Tiene frío en las manos, están mojadas. Escucha los murmullos de la gente, una multitud de bocas entreabiertas apuntando hacia ella.

De pronto tira la guitarra al suelo y se tapa los oídos con fuerza. Sale corriendo, tropieza y rueda sobre varios escalones de madera que suenan como un xilofón, los más chiquitos se escuchan agudos y los otros, graves.

Corre a su casa. Su mamá la interpela con un cucharón en la mano, como la vara de un juez.

—¿No ibas a tocar en la misa?

—Sí, pero vi toda esa gente y...

—Me imaginé que te iba a pasar, es que vos no podés...

Mora se acuesta en el colchón. Es un domingo desértico y silencioso, salpicado de murmullos, como una orquesta que afina sus instrumentos antes de un concierto.

La voz de un vecino se destaca del resto. Inicia un solo melancólico, algo así como un clarinete bajo:

—Dicen que hasta que no aparezca la guita no van a poner un peso más. Se cortaron los subsidios, compañero.

¿Por qué le dirá "compañero"? ¿Habrán ido juntos al colegio?

Mora se asoma por la ventana.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta su mamá.

—Escuchando voces.

—No, no, Mora, ¡otra vez! ¡No puede ser!

—No llores, esta vez eran voces reales.

—¿Cómo sabés?

–Porque no decían lo que yo quería.

–Menos mal que mañana viene Luis, que se arregle él con vos, yo no puedo más.

24

Es lunes. Alguien toca la puerta. Su mamá la abre como si tuviera bisagra y grita:

–¡Luis! ¡Escuchaste mi mensaje! Gracias por venir. No sabés todo lo que nos pasó en las últimas semanas...

–Tranquila, no llores, que todo va a estar bien. Tu marido me fue a buscar a la entrada; está afuera, charlando con un vecino. Hoy empiezo a atender a Mora acá. No te preocupes por mis honorarios, la obra social les cubre un mes más, incluso mis viáticos.

La mamá llora más y más fuerte. Su nariz ordeñada por el pañuelo suena como un trombón, es un toque largo que va glisando de los graves a los agudos.

–Gracias por venir, licenciado –dice el papá entrando.

–Es Luis, no es licenciado –lo corrige Mora.

–¡Mora! ¿Cómo estás? –le pregunta el terapeuta.

–Bien, gracias, mucho gusto, mi nombre es Mora.

–No, no, Mora, ¿qué dijimos sobre presentarse a cada rato?

—Es que hace mucho que no te veo, Luis. Quizás te olvidaste de mí.

—No tenemos gran cosa para ofrecerte —dice la mamá—, pero queremos que te quedes a cenar, tenemos unas latas de duraznos en almíbar.

Luis y Mora se sientan al mismo tiempo en una silla, pero él se muda de lugar rápidamente, porque sabe que una vez que ella elige un lugar en la mesa, no puede cambiarlo, es para siempre.

—Estar en un nuevo ambiente puede ser difícil —explica Luis—, pero lo importante es que Mora conozca más a las personas de su entorno. Eso le va a dar seguridad.

Después de cenar, el papá dice:

—Nosotros nos vamos a tomar unos mates con los Pérez, los dejamos solos para que puedan tener la sesión. Son cuarenta y cinco minutos, ¿no?

—Cuarenta.

—Bueno, después te firmo la planilla.

Sus padres salen.

25

—¿Por qué abren y cierran la puerta como si tuviera bisagras? —pregunta Mora.

—Porque si no, se pondrían tristes —contesta Luis—, ya sabés, con las comisuras de los labios hacia abajo... Bueno, ¿cómo te sentís acá, Mora?

—Bien. Todas mis cosas tienen nombre.

—¿Conociste chicos de tu edad? Tu mamá me llamó preocupada, dice que ves muertos y cosas así.

—Sí, tengo un amigo: Martín muerto, sólo yo puedo verlo.

—Mmmm, me parece que tenemos un amigo invisible...

—Ah... ¿Vos también?

—No, no, es una forma de decir. Contame, ¿cómo es eso de que nadie más lo puede ver?

—Sólo es invisible a veces. Cuando yo no lo miro.

—Todos nos sentimos invisibles cuando no nos miran, pero eso no quiere decir que lo seamos. Es normal tener un amigo imaginario. A veces cuando uno se siente solo, se lo inventa, pero sería mejor que tuvieras amigos de verdad.

—Martín es de verdad, no es un dibujo. Yo sé lo que es un dibujo. Él es de verdad, lo que pasa es que sólo yo puedo verlo.

—Ya seguiremos hablando de esto... ¿Te inscribiste en la escuela secundaria?

—Sí, pero no tienen una maestra integradora para prestarme. Quizás no me dejen cursar ahí...

—Eso dejá que lo resuelvan los grandes. ¿Conociste chicas de tu edad?

—Sí, Antonella.

—¿Es tu amiga?

—No sé.

—A ver... Cuando estás con ella, ¿respirás aire y te entra un montón en los pulmones?

—No. Eso me pasa sólo con Martín, con los que están vivos no.

—Yo te dije que... bueno, no importa; está bien, Mora, no te preocupes, aunque Martín sea producto de tu fantasía, igual es un pequeño paso...

—Un pequeño paso para un hombre, un gran paso para la humanidad. Neil Alden Armstrong, Ohio, Estados Unidos, 5 de agosto de 1930. El 21 de julio de 1969, formó parte de la misión Apolo II. Un pequeño paso para un hombre, un gran paso para la humanidad. Un pequeño paso para un hombre...

—Para la humanidad no sé, pero para vos sí. Y hablando de todo un poco... ¿Tocás la guitarra acá? ¿La trajiste?

—No, me dan una en la parroquia.

—Ah, ¿tocás en la misa?

—Traté, pero no pude.

—¿Qué pasó?

—Muchos ojos oscuros, bocas entreabiertas. No me gustó. Me tapé los oídos, cerré los ojos y salí corriendo, me caí en la escalera.

—Mora, sabés que todavía tenemos que trabajar para que puedas estar en un lugar con mucha gente. Quizás no sea el momento. ¿Me estás escuchando? ¿Qué mirás ahora?

—Ahí viene una araña, tiene ocho patas, pero una está torcida. Los arácnidos...

—¿Qué arácnidos?

—Son una clase de artrópodos quelicerados de la que han sido descritas más de ciento dos mil especies.

—A ver, Mora, no hables todo seguido que te vas a quedar sin aire. Acordate, son seis palabras y entonces tenés que dejar que hable el otro.

—Las arañas ponen huevos en los...

—¿En los qué?

—No puedo decirte, ya dije seis palabras, te toca hablar a vos.

—Bueno, pero no es tan así...

—Entonces mentiste.

—No, no, Mora. Las cosas no son blancas o negras, tenés que aprender a ver los términos medios.

—Dieciocho.

—¿Qué cosa?

—La cantidad de palabras que dijiste antes.

—¿Sí? Puede ser... No las conté.

La puerta se abre.

—¿Ya terminaron, doctor? —pregunta el papá.

—Sí. Justo concluíamos la sesión. Nos vemos pasado mañana. Firmen acá.

—Te acompaño a la salida del barrio.

Luis la saluda con la mano y Mora hace lo mismo.

La mamá lava los platos; el entrechoque de vasos y cucharas suena como un grupo de campanitas de diferentes alturas. Es un concierto de carrillón, como en las películas navideñas.

—Bueno, ya está todo limpio.

—Seguí con el concierto, mamá. ¡No pares!

—¿Qué concierto, Mora? Dios mío...

Al día siguiente Mora escapa, como siempre.

Desde todos lados se ve la grúa constructora que hasta hace poco chirriaba haciendo viviendas, pero ahora está quieta. ¿Por qué? Ningún hornero haría una casa para no usarla. Eso es algo tonto.

Mora observa su mapa y lo corrige al andar, como uno de esos navegantes que dibujaban las costas en sus viajes.

—Martin Behaim, 1492, hizo el primer globo terráqueo. Behaim, Martin Behaim —dice Mora en voz alta.

—Ey... ¿Estás hablando sola? —pregunta una voz, es Antonella.

—Hola, soy Mora; mucho gusto.

—Ya sé, nos conocemos, por mala suerte. El otro día saliste corriendo de la misa... qué papelonera... ¿Qué anotás ahí?

—Estoy haciendo un mapa del barrio. Se lo voy a mostrar a Martín...

—¿Qué Martín? ¿El fiambre? Vas a tener que cavar bastante para verlo, ja ja.

—¿Por qué? ¿Vive en un pozo?

—Algo así, está enterrado y bien muerto.

Un ruido las interrumpe: la grúa emite un rugido débil, moribundo. Como en los documentales de ciervos mordidos por pumas. Ambas miran la máquina.

—Quiero conocer la grúa —dice Mora.

—Está bien, hoy estoy de buen humor, es tu día de suerte. Seguime que te muestro el camino.

En silencio, van por un caminito sinuoso y largo, lleno de vapores raros; es como el interior de una boa. Mora lo aprendió de su enciclopedia de animales.

Están casi en el límite del barrio. Se mezclan bocinas de colectivos de afuera, con los gritos de una pareja del barrio discutiendo a unos metros.

Los pasos de Mora y Antonella en la tierra seca y dura suenan como golpecitos de una cuchara sobre un colchón.

Una frase de cumbia se repite desde algún televisor. Los sonidos son potentes porque pueden salir y entrar de los barrios, algo que la gente no puede hacer: salir de “La Esperanza” resulta muy caro por las monedas para el colectivo; y entrar resulta muy engorroso, hay que estar acompañado.

Sopla un viento liviano que sacude las puertas de lona.

—¿A qué escuela vas a ir? —pregunta Antonella.

—A la 22, pero no sé si pueden aceptarme ahí. La 22, la 22, esa, tengo que ir a esa.

—Yo iba a ir a la 22 también, pero... tengo que cuidar a mi abuela. Mis padres tienen que salir a laburar. Si tuviéramos una casa grande sería más fácil, ella tendría su propia pieza y una puerta con llave, y entonces no se escaparía.

—Yo también quiero tener puertas, con muchas bisagras, tres, tres son muchas; para que mamá y papá dejen de mentir cuando hacen que abren y cierran la puerta. Pero todos vamos a tener viviendas: los horneros las hacen con barro.

—¿Me estás cargando? ¿Qué hornero ni hornero? Acá no hay un peso, nena.

—¿Por qué?

—Preguntáselo al chorro de tu amigo muerto. Andá a saber dónde escondió la guita. Pero lo pagó caro el chabón, ahora no le va a servir para mucho.

—¿Y a vos te dejan ir a la escuela 22? Yo no puedo, tienen que conseguir una maestra especial para mí. Mamá dice que se me nota...

—¿Qué se te nota? La cara de marmota, jaja.

—Jaja, sí, "nota" rima con marmota; ota, ota, las palabras parecidas son buenas para hacer canciones.

—Esperá que tengo que pasar por mi casa, acompañame.

Entran a un recinto con paredes de lona y madera, y ven un mueble.

—Quiero ese ropero —dice Mora.

—¿Ah, sí? Y yo, un jacuzzi.

—Hay olor a aserrín.

—Sí, mi papá fabrica muebles.

—El padre Mario me dijo que podían donarnos uno.

—¿Donar? ¿Dónde te creés que estás? Acá las cosas se pagan.

—Pero el padre Mario dijo...

—¿Cuánto tenés? Si no, rajá de acá.

—No tenemos dinero, pero mi papá es constructor, puede ayudarlos a edificar tu casa.

—Ah, ¿sí? ¿Y de dónde va a sacar el cemento? ¿Pensás que regalan las cosas?

—En los cumpleaños sí, ¿qué día es el tuyo?

—No sé. No tengo documento.

—Elegí vos la fecha, entonces. Aprovechá para cumplir dos veces. Dos regalos, dos veces, jajaja, dos veces, dos regalos.

Antonella no contesta nada. Mora no sabe si la conversación terminó o no, así que cuenta hasta diez, como le enseñó Luis. Si en ese lapso nadie dice nada, la charla finalizó. Uno... dos...

—¿Quién vino? —pregunta una anciana.

—Nadie, abuela —contesta Antonella.

—Mucho gusto, soy Mora.

—¿Una nena nueva!

—Mucho gusto, soy Mora

—Una nena nueva, ¿no?

—Dios mío, ahora tengo dos que repiten —gruñe Antonella—, ¿por qué no se hacen amigas?

–Acercate querida, no sos de acá ¿no?
–Mora vive con los Pérez, abu.
–Mucha maldad ahí, muuuuchaaaa.
–Bueno, bueno, abu, ¿tomaste la pastilla hoy? ¿Y dónde está mamá? Le tocaba a ella cuidarte.
–Pájaros de mal agüero esos...
–No le des bola, Mora. Vamos, porque si no tenés plata, no hay mueble.
–¿Nos vamos?
–Sí. Seguime, nena, ¿quierés ver los pies de la grúa o no?

29

Caminan unas cuadras y de pronto se dan cuenta de que la abuela las sigue en su silla de ruedas.

–No, no, abuela, andá para casa, ¡fuch! Si te quedas ahí, después te traigo caramelos.

La anciana regresa.

–Siempre se escapa.

–Yo también.

–¿No te digo? Son iguales, Rambito y Rambón, jaja.

Ingresan a una calle más finita, Mora aprovecha para seguir confeccionando el mapa del barrio. Le resulta difícil dibujar porque Antonella la apura. Además, las callejuelas son tan finitas que por momentos tienen que pasar de una, y se raspan la ropa contra la pared. El buzo de Mora tiene estampados de plástico que hacen pshhhh. El de Antonella sólo golpea en algunas partes que tienen tachas: cac cac.

Llegan a un claro, como en los cuentos de bosques que le contaba su papá.

Hay una plaza de tierra, chiquita. Mora la dibuja en el mapa como un cuadrado y escribe "plaza chica". Hay personas sentadas en el suelo, chicos llorando y una olla gigante en el medio. Una mujer reparte sopa. Los llantos de bebés son agudos y largos, los gruñidos de los ancianos son largos y graves. En un rincón, tres chicos dan pelotazos contra una pared y repiten un recitativo: "¡Dale, bolú, pateá!"

Una mujer se acerca:

—¿No tienen unas facturitas? Tengo ocho hijos.

—No —dice Mora—, pero le recomiendo no tener más hijos, así va a tener más para todos. Haga esta cuenta, señora: dieciséis facturas para ocho hijos, son dos para cada uno. Pero dieciséis dividido dos da ocho...

La señora abre los ojos más grandes y la escupe.

—Es muy importante salivar —le explica Mora—, es una defensa del organismo para...

—Callate y rajemos —susurra Antonella—; ¡no puedes decirle que tiene demasiados hijos! Es una ofensa...

—Las matemáticas no pueden ofender a nadie, son como son.

—¡Vámonos, tonta! —grita entonces Antonella, y siguen caminando.

Se acercan dos chicos fumando algo que despiden un humo muy raro.

—Hola, diosas. ¿Andan buscando algo?

Los chicos se miran y se ríen. Luis dice que aunque uno no entienda, igual se tiene que reír. Mora carcajea con más fuerza, más y más.

—¿Estás pirucha, nena? —le pregunta uno de los chicos, y prende otro cigarrillo.

—Fumar es perjudicial para la salud —explica Mora.

—Jaja, gracias, doc... ¿Qué es eso? —pregunta y le arranca el mapa a Mora.

—¡No quiero que toquen mis cosas! —aúlla ella y le pega una trompada en la nariz. El chico cae al suelo de a poco, como un gigante torpe. Luis dice que cuando uno lastima a otro, tiene que disculparse—. Disculpas, mi nombre es Mora, mucho gusto.

—¡Corré, chabona, que este flaco te liquida! —grita Antonella y se pierde entre los laberintos terracota.

—¿Qué pasa acá? —interrumpe una voz, es el oficial Ramírez—. ¡Mora! ¿Te escapaste de nuevo? —pregunta, y mira al muchacho tendido en el suelo—, jaja ¡veo que le diste una paliza! Ganzúa, levántate y rajá de acá, pibe. No molestes a los nuevos. Ella está con los Pérez.

—Ah, n... no sabía.

El chico camina lentamente para atrás y después corre perdiéndose entre las callejuelas.

—No puede irse así. Hay que suturarle la herida —sugiere Mora—, puede perder 120 044 glóbulos rojos por segundo.

—Este no pierde nada, te lo aseguro. Está bien sanito.

—Mucho gusto, soy Mora.

—¿Me estás cargando? Si nos conocimos hace unos días. ¿Adónde ibas?

—Busco la grúa constructora.

—Seguime, así le contás a tu papá y quizás nos pueda dar una mano, tengo entendido que es albañil.

—Sí, y busca trabajo.

31

Dan vuelta al otro lado de un muro y... ahí está, grúa! Mora no lo puede creer, ve sus pies; son dos cadenas que giran, como esos tanques de guerra de la televisión. La grúa chirría como un violín desafinado.

—Qué raro que esté en funcionamiento —murmura Ramírez—. ¡Ey! ¿Quién la está manejando?

La cabina de la plataforma baja y sale de ahí Santino Pérez.

—¿Qué haces acá? —le pregunta el oficial.

—Cada tanto pongo el motor en movimiento para que no se descargue la batería. ¿Y qué hace Mora, acá? ¿Otra vez se escapó? La madre debe estar como loca. Bueno, yo me voy —dice Santino, alejándose—, no tardes mucho con Mora, que tu mamá se asusta.

—Yo después la acompaño, avísales a los padres.

—Quiero subir a la grúa —dice ella—, esta no es como las del trabajo de papá, tiene andamio elevador, lo vi en documental.

—Bueno, pero un ratito nomás, a ver, dejame del lado de la palanca —contesta Ramírez y sube.

Mora se sienta en la otra butaca. El policía mueve tres palancas. Desde adentro, la máquina se oye diferente.

Se elevan perforando la humedad del barrio. De lejos todo se ve más claro. Mora puede diseñar su mapa con más exactitud. Las casillas de chapa parecen dados plateados; ella dibuja en su papel todo lo que puede, no quiere perderse nada.

El alambrado del barrio es una grieta que divide en dos el aire. Las casas de afuera tienen terrazas con plantas y perros. Es otro mundo, más parecido al que Mora conoció de chica. En cambio hacia adentro, hay construcciones sin terminar; se ven los ladrillos desnudos, como huesos de una radiografía.

Se escucha el soplo del viento, tres pájaros revolotean la zona en círculos.

—¿Ves, Mora? Ahora todos vivimos en casas de chapa, pero si recuperamos el dinero de la cooperativa, todo va a cambiar.

La cabina los deposita en el suelo y salen.

Caminan hasta la plaza de la parroquia y después ingresan en la callejuela que lleva a la casa de los Pérez.

Un hombre y una mujer se besan detrás de un árbol. Mora se queda mirando. Una sensación nauseosa la lleva a agacharse para vomitar, pero no puede y se queda con ese malestar.

La pareja se abraza tan fuerte que no quedan intersticios de ventilación entre ambos.

Puaj. Luis dice que eso pasa cuando dos personas se quieren, piensa Mora.

¿Pero qué es querer? ¿Qué placer puede dar juntar las salivas asquerosas con gérmenes de distinto ph? En cada gota de saliva hay más de dos millones de gérmenes. ¿A nadie le importa eso?

—¿Te sentís bien? —pregunta Ramírez.

Mora acelera el paso, furiosa; no soporta lo que no entiende.

Llegan, y Mora le dice a su mamá:

—Los gérmenes son organismos unicelulares, ¿cómo pueden ser tan dañinos con una sola cadena de aminoácidos?

—¡Primero decime dónde estuviste todo este tiempo!

—En la zona oeste, en la grúa constructora.

—La encontré ahí, señora —explica el oficial—. La nena no hizo nada malo, pero trate de que no se escape; no siempre voy a estar yo para traerla, ¿comprende? Buenas noches.

—No llores, mamá, los gérmenes no te van a atacar a vos, pero eso sí, no tenés que besar a nadie... Uy, me olvidé la birome en la grúa —murmura Mora, pero su mamá no la escucha; su cara mojada se hunde en las frazadas viejas, deformando sus guardas geométricas.

Mora tiene que recuperar la birome, es suya; sale sin hacer ruido. No le gusta interrumpir a la gente cuando llora. Luis dice que le hace bien.

Su mamá solloza tanto que no la escucha ni la ve salir.

Mora va caminando, está un poco oscuro. Por momentos el aire se puebla de bombitas de luz. Hay pequeñas fogatas con ollas gigantes y cada tanto alguien revuelve. Siempre le gustaron los picnics porque se puede comer con la mano. En la escuela de antes no la dejaban. Ella no quería usar los cubiertos, hasta que su mamá le consiguió alcohol en gel y entonces Mora los limpiaba antes de usarlos.

Mora llega hasta la grúa constructora y entra en la cabina, ¡ahí está su birome! Tiene que agacharse un poco para recogerla, se cae arriba de las palancas y las presiona sin querer, ¡la máquina está subiendo! ¿Cuál era para bajar? Pero... de pronto descubre que no quiere descender: ¡de noche todo se ve más lindo en las alturas! La gente enciende velas, lamparitas y garrafas, y las puertas se llenan de luciérnagas. Es como un bosque de lonas y chapas.

Cierra los ojos; el rechinar de los engranajes le recuerda cuando era chica y daba vueltas en la hamaca de la plaza... giraba y giraba hasta el anochecer.

De repente... ¡pum! Un golpe seco le hace abrir los ojos, la cabina de la grúa chocó contra una pared de ladrillos a medio construir. Ella mueve una palanca para alejarse del muro, pero la grúa se atasca en un ladrillo hueco. Mora saca medio cuerpo por la ventanilla. Para desenganchar la máquina, mueve el ladrillo y este cae al vacío. No estaba adherido a la argamasa como los otros. Su papá le había explicado que los ladrillos necesitan pegarse unos con otros. Pero... atrás del hueco hay algo: una caja metálica con un tablero de números.

¿Qué habrá ahí adentro? ¿Estará el gallo de Martín? En una película, Mora vio cómo abrían una caja fuerte presionando números, ¿pero cómo saber cuáles son? Mmmm... Si el gallo está ahí adentro seguramente el número es el que estaba en la etiqueta de su pata: 17263541029384789709, Mora lo recuerda perfectamente. Desde lo alto y con medio cuerpo afuera de la ventana, estira el brazo, tecléa los números y... ¡se abre! Pero qué decepción, no está el gallo, sólo hay un montón de billetes. Bueno, no siempre se tiene suerte.

Seguro alguien se los olvidó ahí, y cuando se pierde algo, hay que preguntar de quién es (para ponerle una etiqueta).

Mora vacía la caja fuerte y trata de regresar al suelo ensayando movimientos de palancas hasta que logra bajar. La grúa deposita la cabina en el suelo como una mascota mansa.

Mañana preguntará de quién es el hallazgo. Por ahora, ella guarda todo el dinero entre sus ocho bolsillos.

Después de una larga caminata, y aturdida por las cumbias que se escapan de las ventanas, Mora llega a su casa.

—Mora, tenemos que hablar seriamente con vos —le advierte su mamá—. Si te seguís escapando vamos a tener que consultar a un médico de los que dan remedios, no queremos eso.

Su papá la acaricia y ella se retira bruscamente. Se acuesta en su cama, vestida; le resulta incómodo descansar sobre todos esos fajos de dinero, pero se siente muy cansada y se duerme.

—Hoy es domingo, vamos a ir a misa los tres —dice la mamá de Mora mientras abre una lata de duraznos en almíbar—. Ya quedan pocas...

Mora se despierta vestida y conserva el dinero en los bolsillos. Su mamá ni cuenta se da; está tratando de sacarle punta a un lápiz de ojos con una afeitadora del papá.

—Te bañás a la vuelta, Morita —dice su mamá—, ahora ya no hay tiempo.

Los tres caminan juntos por las calles silenciosas. Los zapatos del papá retumban como tambores. Su mamá zapatea las calles rotas con sus tacos cortos y finitos. Mora camina en puntas de pie. Trata de no hacer ruido para calcular cada cuántos pasos cambian de compás. Llegan a la parroquia. Se ve más pálida a la luz de la mañana. Antonella y el padre Mario ya están en el altar. El oficial Ramírez y los Pérez se sientan entre los demás. Vino la abuela de Antonella con su silla de ruedas. Los padres de Mora se acomodan en dos sillas que quedaron libres, al fondo.

Antonella levanta la mirada y le hace una seña a Mora.

—Andá —dice su mamá—, te llama la nena. Luis dijo que te conviene hacer amigas.

—No puedo hacer amigas, a menos que sean de arcilla.

—Quise decir, “tener” amigas. Dale, andá, sentate al lado.

Mora camina por el pasillo entre los bancos. Las respiraciones suenan como fuelles de bandoneón con sordina.

—Vení, loquita, tocá conmigo —le dice Antonella y le da la otra guitarra—; qué paliza que le diste al Ganzúa, eh. Jaja.

La gente entona una canción con un estribillo muy pegadizo.

Mora acaricia las cuerdas y empieza a tocar, esta vez sin temblores, porque a su lado está Antonella, que ya no es una extraña; Mora ya conoce su nombre, su casa, y su abuela.

La música recorre el techo de la parroquia y rebota entre las paredes como un *flipper*, igual que la luz. Las cuerdas suenan en armonía con las voces que salen de bocas chicas y grandes, algunas con forma de corazón, otras de gusano; pero todas al mismo tiempo, en una sincronía absoluta.

Parece que cada uno se hubiese tragado un metrónomo calibrado a la misma velocidad.

La misa termina. Antonella y Mora bajan del estrado. Mora tropieza con un escalón y cae boca abajo. Cuando se levanta, todos los billetes se salen de sus bolsillos y quedan esparcidos en el suelo. La gente mira sin moverse. Sus pupilas se sacuden como cucarachas desconcertadas.



—Mora, ¿qué hacés con todo ese dinero? —pregunta su mamá llorando a los gritos.

—Lo traje aquí para preguntar de quién es...

34

El oficial Ramírez se levanta de su asiento:

—Mora, esto es muy importante, tenés que decirnos de dónde sacaste ese dinero.

—De una pared.

—¿La pared que vimos ayer, cuando encontramos a Santino en la grúa?

Las voces de la gente se expanden como panderetas que van sumando sus sonajas. El desenlace de los timbales es inevitable: Ramírez sube al estrado y golpea la mesa alta.

—Ya que estamos todos en la parroquia, voy a preguntar esto una sola vez y quiero que me contesten con la verdad. ¿Quién escondió el dinero de la cooperativa?

—¿Pero van a tomar en serio lo que dice esta nena?

—pregunta Santino—, por favor, si ella habla con muertos. Ahora cree que vio el dinero atrás de un ladrillo flojo, pero...

—La nena no mencionó ningún ladrillo flojo...

—¿Cómo que no?

—Sí, estaba atrás de un ladrillo flojo —dice Mora—, el número 35 empezando de la derecha, y número 13 empezando desde arriba. Ahí estaba la caja fuerte.

—Santino, quedás arrestado por malversación de los fondos de la cooperativa Esperanza. Tenés derecho a permanecer callado hasta comunicarte con un abogado —dice el oficial Ramírez y le pone las esposas—. Y todavía me falta atrapar al Gallo. ¿Alguien lo conoce?

—Yo —contesta una voz, detrás de una cortina que se abre... y aparece Martín.

La gente se santigua; los golpecitos en sus hombros suenan como baquetas percutidas en parches blandos. Se oyen gritos y algún desmayo. Luego aparece un canon que repite: “no puede ser, no puede ser, no puede ser”.

Martín saca de su bolso al gallo, y explica:

—En sus patas esta la combinación de la caja fuerte que mi tío escondió en una pared. Mora pudo memorizarla.

—Pero entonces es un gallo de verdad —piensa el oficial Ramírez en voz alta.

—Martín, mirá, mirá, Martín, dinero para nuestras casas —grita Mora y arroja los billetes al aire, los papeles de colores navegan sobre una corriente que entra por los vidrios rotos.

La abuela de Antonella salta de su silla de ruedas y trata de agarrar un billete. La ayudan a sentarse de nuevo y tose sin querer toser.

—Quietos todos, nadie se atreva a tocar ese dinero. —vocifera Ramírez—. Martín, creí que estabas muerto...

—Mi tía fingió mi funeral; sabía que su esposo Santino

no me iba a dejar en paz... porque lo vi cuando escondía la caja fuerte detrás de un ladrillo y copié los números.

—Santino, lo lamento —dice Marta, su esposa—, pero Martín es mi sobrino, el hijo de mi hermana. Oficial, acá está el libro contable de Santino, él lo había escondido en la pieza de Martín; Mora lo encontró y me lo dio. Ahí están todas las pruebas.

—¡Traidora! ¡Me las vas a pagar! ¡Vos y el vago de tu sobrino!

—Vamos —dice el oficial Ramírez, y se lo lleva detenido.

Marta, la mujer de Santino, llora abrazada a la mamá de Mora, empapando con sus gérmenes la ropa. Mora piensa cómo va a desinfectar eso a la noche. Le queda un poco de alcohol en gel de la época de la gripe A.

Pasan días de mucho bullicio. Todos comentan el suceso por las calles. Mora escucha su nombre muchas veces en boca de varios vecinos. Le gusta cómo suena, sobre todo las vocales, son más abiertas, más claras.

Hoy es lunes, y acompaña a su papá a la asamblea vecinal, que es donde la gente se reúne cuando no es domingo.

—Ernesto, la cooperativa Esperanza quiere contratarte como capataz en la obra, para seguir con el plan de viviendas —le dice Marta Pérez.

—Pero... no puedo aceptar, yo no soy de acá.

—Usted ya es de acá porque vive acá. Por favor, acepte —le dice el padre Mario.

Finalmente el papá de Mora asiente con la cabeza; todos aplauden, se saludan sonrientes y salen conversando.

—Te espero afuera, Morita, estoy charlando con Marta, no tardes —dice su mamá.

Martín y Mora quedan solos en el recinto.

—Mora, gracias a vos demostré mi inocencia. ¿Puedo abrazarte?

—No. Bueno, sí.

Mora aprieta los parpados con mucha fuerza, parecen dos persianas caídas que no dejan entrar ni un poco de luz.

Martín la abraza y le da un beso en la mejilla.

—¿Viste que no fue tan terrible? ¿Querés que probemos de nuevo?

—Bueno —dice Mora y esta vez cierra los ojos con menos fuerza...

Pasan varias semanas. La mamá de Mora llora un poco menos. Sólo los días que hay disparos. Su papá ya no sale de casa con un diario bajo el brazo. Lo demás sigue igual: los cucharones de las ollas gigantes, Ganzúa escapando de Ramírez; todo gira alrededor de las paredes de ladrillos y de las casas de chapa.

Es como una de esas obras de teatro que su mamá la llevaba a ver de chica. Cuando quería irse, Mora gritaba y golpeaba el suelo. Después aprendió que nadie se va hasta que la obra termine. No aplauden ni se van, sólo se acomodan un poco haciendo chirriar las butacas. Lo mejor era cuando pasaba el pochoclero, en el intervalo.

En todas las construcciones –Mora lo recuerda de cuando acompañaba a su papá al trabajo– hay una hora en que todo se frena y pasa la gente con sándwiches, como el vendedor de pochoclos del teatro; entonces las respiraciones agitadas se convierten en suspiros espaciados. Es la hora en que los sonidos cambian. En vez de martillazos,

se oye el sonido rugoso de los envoltorios sandwicheros. Retumban en las paredes las conversaciones, las risas.

Son las doce y su papá se asoma sonriendo por la ventana de la grúa. Detiene la máquina y desciende.

–¿Cómo te fue en la escuela? –le pregunta a Mora.

–Me regalaron una maestra integradora. Bueno, no, sólo me la prestan.

–Me dijeron que Antonella ya puede ir a la escuela.

–Sí, se sienta conmigo; tracé una línea divisoria en el banco, pero podemos conversar porque en el aire no hay ninguna raya.

Su papá se da vuelta para contestar a un obrero que le consulta algo.

Mora se aleja unos metros y encuentra a Martín en una esquina. Él le toca un hombro y ella tensa los brazos como dos columnas de yeso que se acaban de secar. Cierra los ojos, quizás, cuando los abra, Martín vuelva a desaparecer. Pero no, por suerte esta vez no...

Martín la besa y Mora se limpia con la manga.

–Puaj. ¿Tenés todas las vacunas puestas?

–Ja ja. No sé, no me acuerdo.

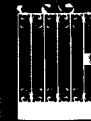
Mora le da un beso tan brusco en la mejilla, que casi lo tira al suelo. Él se ríe y ella lanza una carcajada estruendosa.

Una bandada de hojas secas les hace cosquillas en la cabeza.

Martín envuelve a Mora con un ala de su saco. Ella no piensa en los gérmenes, y simplemente se deja abrigar.

Llegó el otoño sin querer, como todo lo bueno, sin querer...

Mora es una niña especial, que ama la música. Este talento natural, que la hace concebir la vida de una manera diferente al resto de las personas que la rodean, la ayudará a desenredar una muy complicada madeja de intrigas, engaños e injusticias que tienen lugar en el nuevo barrio al que Mora se ha mudado con sus padres.



BLANCA

Carla Dulfano nació en Buenos Aires. Es docente y escritora para niños y jóvenes. Ha publicado numerosos libros infantiles y juveniles en Argentina y en el exterior. Sus cuentos fueron leídos en programas infantiles televisivos y radiales, y publicados en diversos diarios y revistas.

Recibió premios y menciones literarias de Fundación El libro, Imaginaria, MOMUSI, UCA, Secretaría de Educación, Ayuntamiento de Andalucía (España), Casa de las Américas (Cuba) y Casa de Letras (Perú).

Desde hace muchos años forma parte de los talleres literarios de la escritora Graciela Repún y completa su formación en la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires.



el blanco